


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Miguel Ángel Puig-Samper, *Miradas coloniales. Fotografía antropológica y colonialismo visual* (Madrid: Catarata, 2024).

Ana Laura Bochicchio

*Universidad Nacional de Tierra del Fuego/CONICET
albochicchio@untdf.edu.ar*

*Fecha de recepción: 20/08/2024
Fecha de aprobación: 04/10/2024*

Miguel Ángel Puig-Samper es Doctor en Ciencias Biológicas por la Universidad Complutense de Madrid. Sin embargo, su área de estudio se concentra en el aspecto social de la historia de la biología. Como investigador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) de España, hace varios años que desarrolla investigaciones en torno al colonialismo visual. En esta obra, el autor realiza un notable recorrido analítico sobre la importancia del soporte fotográfico en la conformación y sostenimiento ideológico de los diversos colonialismos europeos y el estadounidense (con claras diferencias entre los primeros y el segundo) desde mediados del siglo XIX hasta bien entrado el siglo XX.

El libro *Miradas coloniales, Fotografía antropológica y colonialismo visual* suma un valioso aporte a la historia cultural de la imagen como constructora y difusora de la alteridad en un contexto histórico específico en el que la idea de Progreso definió que todo aquello que no era de origen europeo blanco tenía que ser necesariamente salvaje, atrasado, bárbaro o improductivo. Puig-Samper recopila en esta obra los principales lugares y grupos étnicos que fueron retratados por la práctica de la fotografía antropológica, la cual los significó como incivilizados. Esta práctica innovadora acompañó a los procesos coloniales de manera documentalista pero también como aparato ideológico de dominación. A su vez, uno de los principales y más enriquecedores aportes del libro es la sumatoria de una enorme cantidad de fotografías que ilustran lo dicho y permiten al lector sumergirse en este mundo de la “objetivación” de la alteridad considerada inferior por los países coloniales.

La obra se estructura en diez capítulos. En el primero, el autor despliega el aparato teórico que ha guiado su investigación y enfatiza en la importancia de la novedad fotográfica durante el siglo XIX y la manera en que fue utilizada por la antropología para legitimar la expansión colonial de las metrópolis. Los nueve capítulos siguientes se centran, cada uno de ellos, en la representación de una región en particular por parte del colonialismo visual. Los tres iniciales se concentran en la puesta en práctica del colonialismo visual por parte de Estados Unidos tanto en relación a las poblaciones indígenas de su territorio como en sus áreas de influencia de ultramar. El capítulo dos analiza la representación fotográfica de la población de las Antillas por parte de los estadounidenses, centrándose en los casos de Cuba y Puerto Rico, mientras que el tercer capítulo se concentra en la población de las islas Filipinas. El cuarto capítulo, por su parte, estudia las visiones occidentales de los mexicanos, tanto europeas (principalmente francesas) como estadounidenses. Los siguientes tres capítulos analizan el caso sudamericano, concentrándose el quinto en los indígenas del Chaco paraguayo, el sexto en las visiones eurocéntricas de mapuches y fueguinos – poblaciones más meridionales del continente americano – y el séptimo en la población brasileña. Los últimos tres capítulos se analizan los continentes de Oceanía y África puesto que el octavo enfatiza en la exhibición de australianos, mientras que el noveno y el décimo se enfocan en las áreas de exploración españolas, es decir la Guinea Ecuatorial y el norte de África. Al final de cada uno de estos

apartados, se brinda una amplia muestra de fotografías que exponen lo comentado y enriquecen considerablemente el trabajo.

La novedad tecnológica difundida por Louis Daguerre en Francia durante la década de 1830 constituyó un instrumento fundamental a la hora de legitimar visualmente la justificación racista de las expansiones coloniales que se desarrollarían a partir del siglo XIX. De hecho, como bien afirma el autor, la fotografía es una de los principales registros de la presencia colonial en África, Asia y América que se conservan en la actualidad. Junto con los registros escritos estatales y los trabajos académicos de la antropología, los daguerrotipos analizados por Puig-Samper —que muchas veces vienen acompañados de relatos racistas sobre el sujeto fotografiado— conforman un acervo documental que brinda respuestas sobre la presencia ideológica de las potencias coloniales, cuestión que justificaba las prácticas de sujeción, coerción e intromisión cultural por sobre las comunidades colonizadas. Como fuente, estas fotografías dan cuenta de aspectos que no aparecen en los documentos escritos, acercándonos a la comprensión de “la imagen mental o metafórica del ‘otro’, según el punto de vista del autor de la fotografía... el historiador debe saber analizar estas imágenes para complementar los relatos textuales de las fuentes escritas” (p. 27).

Bajo un aparente manto de objetividad, la fotografía colonial fue en realidad una construcción consciente de lo retratado, que funcionó como un instrumento que acompañó a la antropología en la tarea de “conocer para dominar”. Efectivamente, las regiones en las que vivían los sujetos fotografiados “fueron laboratorios antropológicos-fotográficos en la búsqueda de la diferencia y las variedades culturales por los antropólogos europeos y estadounidenses, representantes de la mirada occidental hacia los “otros” (p. 18). Los resultados fueron comúnmente expuestos en museos o muestras que buscaban informar las jerarquías raciales al público europeo/estadounidense blanco. Quizás una de las colecciones más famosas de fotografías antropológicas sea la de Roland Bonaparte¹.

En conjunto, tales recopilaciones conformaban tanto un medio de entretenimiento como una estrategia propagandística de las políticas imperialistas. El objetivo era fortalecer los

1 Cabe mencionar que en los casos más extremos, los nativos de poblaciones indígenas eran llevados a Europa y expuestos en terribles zoológicos humanos con el objetivo de “educar” a los europeos sobre la alteridad.

estereotipos de la otredad y las prácticas discriminatorias, lo que significaba exacerbar el etnocentrismo metropolitano. Como bien afirma Tzvetan Todorov, esto se trataba de la universalización de los valores de la sociedad de pertenencia², a los cuales los acompañaba un cientificismo que concluía por objetivar las diferencias humanas, con las consecuencias xenófobas reales que ello conllevaba.

Así, en un periodo de conformación y consolidación de prácticas raciales sanguinarias, tales como la colonización de África y Asia, la esclavitud de africanos o el genocidio indígena en Norteamérica, el racismo necesitó legitimarse científicamente. Disciplinas como la frenología o la antropología encontraron en la tecnología fotográfica una técnica auxiliar que permitía realizar un sostén visual de sus afirmaciones académicas. Este conjunto de ciencias racialistas tenían como fin último biologizar las variedades étnicas y culturales al establecerlas como diferencias raciales, lo cual significaba que serían hereditarias y, por lo tanto, inmodificables. De este modo, los cuerpos fotografiados se convirtieron en objetos del conocimiento científico, que encontró un vínculo indefectible entre lo físico y lo moral³.

El recorrido de las particularidades de la práctica de la fotografía antropológica que plasma Puig-Samper contiene una variedad de modalidades de tres tipos diferenciados. Por un lado, fue una estrategia de las potencias que poseían colonias territoriales de ultramar durante el siglo XIX o XX, tales como España o Francia. Por otro lado, Estados Unidos encaró tanto un avance territorial sobre las comunidades indígenas que habitaban su territorio actual, como el inicio de un imperialismo de tipo neocolonial en América y Asia. Y, por último, los antropólogos visuales que desarrollaron su tarea retratando pueblos que no fueron sujetos a dominios coloniales, si no objetos de estudios por su “exotismo” y/o lejanía con respecto a los centros urbanizados, tales como los indígenas del Chaco paraguayo o mapuches y fueguinos en la región patagónica. Desde finales del siglo XIX, estas culturas fueron subyugadas, no por imperialismos extranjeros, si no por los nacientes Estados nacionales a los cuales fueron incorporados como ciudadanos a los que se debía “civilizar”.

2 Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana* (Madrid: Siglo XXI Editores, 2007), 21.

3 Todorov, *Nosotros y los otros*, 128.

Con respecto a los imperialismos coloniales tradicionales, unos de los dedicados principalmente a la fotografía antropológica fue Francia. Puig-Samper analiza el caso de México, lugar al que las autoridades enviaron fotógrafos con el objetivo de colonizar el territorio en la década de 1860. A partir de una mirada “colonial blanca” como justificación de este imperialismo francés, la fotografía retrató un territorio exótico habitado mayoritariamente por indígenas. Como sugiere el autor,

“tras este breve recorrido por la fotografía mexicana podemos concluir que se creó un género de tipos populares e indígenas, que en muchos casos respondía a la curiosidad europea y estadounidense por lo mexicano, aunque también creaba un estereotipo de la población indígena que avalaba la intervención colonial y la tutela de estos pueblos primitivos y salvajes, a pesar de haber tenido un pasado glorioso, como testimoniaba su riqueza arqueológica” (p. 90).

Sumado a los planteos de Puig-Samper, se puede agregar que las características de los mexicanos como desprolijos, desaliñados, sucios y morenos fuera preservada y reiterada por otro mecanismo visual de dominación, como es el cine. Es particularmente en el caso del western estadounidense y luego europeo de la década de 1960, en los que los mexicanos han sido significados de manera similar.

España fue otra potencia colonial cuya práctica de colonialismo visual es analizada por Puig-Samper en este libro. En regiones como Guinea Ecuatorial o el norte de África (Marruecos y Sahara), los españoles estaban principalmente interesados en desarrollar una misión evangelizadora, que se percibe en sus fotografías antropológicas. En el primer caso, se destaca la aparición de daguerrotipos que muestran a los pueblos ya evangelizados con costumbres y ropaje europeo (incluso mujeres tejiendo una bandera española), dando a entender el abandono de sus tradiciones primitivas gracias a la adopción del catolicismo. Con respecto al norte del continente, es la ferocidad guerrera una de las características principales percibidas en la fotografía. Lo que confirma la necesidad de sostener el dominio en una región agresiva.

El caso de Estados Unidos es el primero analizado por el autor. Resulta una cuestión sumamente interesante ya que se trató de una suerte de combinación de los tres tipos recientemente mencionados. Por un lado, Estados Unidos avanzó por sobre comunidades a las que incorporó de manera coercitiva a su propia estatidad. Por otro, se sumó a los intentos de las potencias occidentales de someter colonias ultramarinas, para lo cual sistematizó un tipo novedoso de imperialismo

neocolonial sobre todo de tipo financiero, imponiendo su influencia económica y cultural más que un dominio directo de los territorios de influencia.

Como bien afirma Puig-Samper, “Estados Unidos comprendió su tarea expansiva como una misión civilizadora, cuestiones complementarias para las cuales la fotografía resultó una importante herramienta de confirmación” (p. 33). El denominado excepcionalismo estadounidense definió su tarea expansiva tanto en su propio territorio como en lo transnacional. Este consistió en la auto-percepción de la nación como guiada divinamente por la Providencia para expandir el modelo republicano al resto del mundo “atrasado”.

Al auto-concebirse como una potencia mesiánica, fue lógica la percepción negativa de todo aquello que no era estadounidense, lo cual estaba necesariamente destinado a desaparecer bajo la égida de la nueva potencia. El racismo fue un acompañamiento necesario de esta significación identitaria. El historiador estadounidense Reginald Horsman afirma que durante este periodo los Estados Unidos percibieron su avance sobre los territorios indígenas y sobre México tanto como la presencia de esclavitud de negros en algunos de sus estados, como prueba fehaciente de su superioridad innata como anglosajones americanos, destinados expandir su modelo a costas de la extinción de otro tipo de culturas⁴.

Tal como asevera Puig-Samper, en relación con las comunidades indígenas norteamericanas, “los objetivos de esta fotografía racializada no eran en sí mismos explícitamente instrumentales para subyugar o destruir una cultura, sino que más bien servían a una retórica que romantizaba y conmemoraba, lo que confirmaba la proyectada desaparición final de un pueblo” (p. 34). Se trataba, pues, de registrar civilizaciones consideradas inferiores y que, como tales, estaban naturalmente destinadas a desaparecer bajo la égida de un Estados Unidos providencial.

Esta característica propia del avance territorial estadounidense se consolidó hacia 1898 con la Guerra hispano-estadounidense, considerada por la historiografía especializada como el origen de su imperialismo. El resultado fue la pérdida de territorios en las Antillas americanas y en las islas Filipinas por parte de España. Estados Unidos obtuvo un control no directo sobre estos

4 Reginald Horsman, *Race and Manifest Destiny: The Origins of American Racial Anglo-Saxonism* (Cambridge: Harvard University Press, 1981), 1-6.

territorios, inaugurando un neocolonialismo de tipo paternalista, guiado por la noción del excepcionalísimo estadounidense, imaginario auto-identitario – de origen puritano – que identifica la expansión del modelo republicano estadounidense con una misión divina. Si estos pueblos eran considerados tan inferiores e incapaces de obtener un elevado grado de civilización, no merecía la pena incorporarlos a la Unión, si no simplemente “civilizarlos” a través de la influencia cultural-económica. En términos de Puig-Samper:

Los rostros representados construían la alteridad cultural y étnica y contribuían a jerarquizar y mantener las categorías raciales y a racializar los territorios, se pretendía demostrar que la decadencia era producto tanto de sus habitantes como de la nación que hasta ese momento había gobernado los territorios, y la necesidad de que una potencia como Estados Unidos los administrara. (p. 51)

Bajo estos preceptos, la fotografía colonial estadounidense en países como Puerto Rico o Cuba enfatizaba en el relativo atraso económico de la región, que no era total dado que la población indígena no era mayoritaria. Esto marcaba una línea divisoria entre los herederos de la colonia española, la cual había llevado consigo, al ser europea, un grado de civilización mayor que a la de los nativos norteamericanos. Sobre la población indígena, la fotografía remarcaba su atraso pero también su docilidad. En el caso de Puerto Rico ocurría que:

La representación dominante de los puertorriqueños como un pueblo amable, educado, hospitalario, dócil, respetuoso de la ley y trabajador, que acogió la ocupación estadounidense de su país, domesticó su alteridad y los convirtió en los sujetos coloniales perfectos vistos desde la metrópoli. (p. 58)

Cuba, por su parte, fue construido por la fotografía colonial como un territorio con menor presencia de la cultura española, por lo que los sujetos subalternos eran retratados como sumidos en un mayor grado de atraso. Sin embargo, en ambas islas aparecían en simultáneo las fotografías de blancos, negros y mestizos como reflejo de sociedades capaces de alcanzar un grado de civilización superior bajo la égida estadounidense.

Con respecto a Filipinas, la dicotomía civilización/barbarie fue más explícita. Sus habitantes fueron representados por los fotógrafos de Estados Unidos, quienes:

Resaltan algunas cualidades de las poblaciones tagalas o mestizas, y racializan al máximo al resto de los pueblos que habitaban el archipiélago para destacar su ‘salvajismo’ y la necesidad de la intervención militar. Para la nueva potencia imperial el reto era la educación de las nuevas posesiones coloniales, su protección y su dominación política, comercial, económica y cultural. (p. 70)

Por último, tenemos los casos no coloniales desde el punto de vista tradicional. Se trata más que nada de curiosidades por parte de los europeos del periodo. Por ejemplo, el Chaco paraguayo fue de especial interés para fotógrafos españoles, italianos y alemanes. Predominó la fotografía de las comunidades chaqueñas posando como guerreros, en un claro intento por retratarlos como salvajes violentos. Aunque se destaca el caso del italiano Boggiani —que se preocupó que sus sujetos retratados posaran sonriendo, en lugar de con rostros que denotaran ferocidad— es una excepción que dio humanidad a una otredad totalmente desprestigiada por la mayoría de los fotógrafos antropológicos.

En relación a la Patagonia argentino-chilena, la fotografía de mapuches de principios del siglo XX se diferenció por privilegiar el retrato de las personas sin estar rodeadas de un entorno natural o de artefactos que le fuesen propios. Cabe destacar el particular rechazo de este pueblo por la máquina fotográfica. Son los fueguinos retratados por Martín Gusinde de quienes se conservan una importante cantidad de daguerrotipos. Este sacerdote alemán estaba convencido que los fueguinos eran la representación de los pueblos más primitivos de todo América, lo cual permitiría a través de ellos conocer los principios de la evolución humana en el continente. Claramente, las ideas de Charles Darwin sobre el evolucionismo estaban presentes en todo este entramado fotográfico al servicio del dominio imperial, un dominio entendido como natural.

Además, Puig-Samper analiza Brasil y Oceanía, principalmente Australia, como otros casos referentes de la temática en cuestión. Ambos reflejan un interés asociado al exotismo paisajístico y cultural y una búsqueda por dar a conocer esta realidad tan lejana a los públicos metropolitanos.

En conjunto, el libro de Miguel Ángel Puig-Samper resulta un aporte sumamente interesante al campo de los estudios culturales sobre las imágenes, particularmente sobre el rol de ellas en el sostenimiento del racismo que permitió las políticas imperialistas coloniales y neocoloniales de las potencias occidentales en los territorios que consideraban atrasados en la línea del progreso universal. El hecho de que documentos no escritos, como la fotografía, puedan brindar amplia información sobre el periodo colonial desde mediados del siglo XIX hasta la mitad del XX, es revelador del modo en que el racialismo como paradigma científico impregnó las

prácticas culturales más diversas. Aparentemente inocuas, estas imágenes revelan la crueldad de la representación de un “otro” inferiorizado, objetivado y conquistado.

Cabe preguntarse si, a pesar de ser esta es una práctica abandonada, hasta qué punto tales imágenes coloniales permearon nuestra subjetividad y predominan en los imaginarios occidentales hasta la actualidad. La lectura de *Miradas coloniales. Fotografía antropológica y colonialismo visual* nos permite un acercamiento a la comprensión consciente de esta alteridad construida para poder indagar en indagar en las miradas coloniales y racializadas que aun atraviesan a nuestra cultura.